

Primer premio del Concurso de artículos sobre «La Montaña y el Medio Ambiente» en castellano.

La última ascensión

PATXI GONZALEZ ANGULO

NO puedo dormir. Me revuelvo una y otra vez dentro del saco como buscando la piedra culpable de tanto desvelo y desasosiego. Pero esta vez no hay excusa. La cena ha sido frugal, casi monástica, anudado el estómago, impedido por un difícil nerviosismo de aceptar otra cosa que un poco de fruta o leche. Los preparativos han sido minuciosos, todos sabemos lo que tenemos que hacer y nos lo repetimos una y otra vez mientras el cábaro ulula despistado a una luna que marca su cénit en el cielo.

La despedida es tática y apesadumbrada, como si las dificultades del día por venir nos pusieran plomo en la sonrisa y la mirada. Todos sabemos que posiblemente será nuestra última ascensión y sin embargo todos queremos encender en los demás esa esperanza que nuestras manos, abatidas, desmienten. Sólo ya frente a mí mismo boqueo con desesperación la noche perfecta, estrellada, calma, ruidosa del sapo y la chicharra, mientras el breve viento envuelve el canto del cábaro y lo posa, arrullo, en mis oídos. Le contesto y se deja engañar repitiendo enfadado sus estrofas, buu, buuuu, bubububuuu...

Por extrañas mañavillas de la ciencia, ojalá nunca comprendidas, me dejo llevar por estos sonidos, a modo de neurotransmisor que abre a mi cerebro las puertas de la memoria. Y me encuentro muy cerca de aquí, han pasado ya cuatro inviernos, silbando del mismo modo a un cábaro sorprendido por lo temprano de mi paseo. Recorro una vez más a ciegas el bosque amigo y me vuelvo a sorprender en la or-

fandad que sumerge nuestros sentidos cuando la vista se atrofia por la forzosa oscuridad. Y rememoro el instante en que, venciendo de largo al punto de la alborada, el urogallo encara el cielo y desgarrá el silencio con su canto amoroso, siempre estremecedor. Y fuerzo al recuerdo en la imagen única de ese primer rayo de luz desvelando su silueta arrogante, temblorosa y ciega entre los brotes que pugnan por salir del letargo invernal. Y el coro del amanecer, la cascada alegre del petirrojo, el bucheo de la torcaz, la saltarina estrofa de la codorniz, el estruendo del diminuto chochín, los quejidos de la esquiva becauda, las órdenes del pinzón, ...y la primera luz, siempre diferente.

Palpita por el recuerdo mi corazón de lunes en este día cualquiera que la fuerza de la realidad me hará recordar siempre como 9 de julio, madrugada de verano, temblor de invierno frío, inquietud y desesperanza. Busco en mi saco, ajado de tanto compartir y pionero en mi ascensión aquí mismo, hace 10 años, ese calor que está empezando a escasear como los buenos olores y las miradas limpias. El sueño, descanso del cuerpo, entabla batalla y pierde con una mente en vilo, incapaz de perder un momento en dejar de desgranar la evidencia. Los porqués se suceden en cascada y vuelven a caer una y otra vez sin hallar respuesta hasta que su estruendo me obliga a levantarme, estrujar con rabia y sin razón el saco, dar nueva forma al lecho, preparar la breve mochila donde mañana, luego, llevaré lo imprescindible, hará bastante calor, quizá necesite todo el

Oscuro atardecer para un adiós definitivo.

día, tal vez sea solamente subir y bajar...

Linterna y reloj forman un coro nocturno que evidencia fríamente la desavenencia entre el orden temporal y la impaciencia. Y cuando el cansancio empieza a vencer en su lento pulso al desasosiego, los primeros ruidos del día me sobresaltan con la resaca de haber caído en la tentación del último sueño. Tengo tiempo todavía, armo definitivamente la mochila, recojo el saco y salgo al exterior a cumplir ritos cotidianos y empaparme del frío madrugador, consciente como yo de que el paso de las horas nos mermará las posibilidades de supervivencia, pero dichoso él porque podrá volver a vivir y para mí éste constituye un último, uno más, viaje. Rápido cruza el por qué en la naturaleza todo es redondo, da vueltas, gira, comienza y termina continuamente mientras nosotros sólo comprendemos la línea recta, el avanzar sin mirar atrás, que es en realidad mirar más allá, hacia delante.

No es posible retroceder, la elección se ha hecho hace mucho tiempo y cada uno se ha de apropiarse de su parte de responsabilidad. La ascensión va a ser corta, pero difícil porque se cimenta en más de cuatro años de trabajos sin resultados, en aludes de ilusión defraudados día a día, en mil ideas al servicio de un bien común tiroteadas con desprecio e ignorancia, en cosas hechas con las manos destrozadas con la máquina, en verdes praderas de esperanza envueltas por una lluvia negra de muerte.

Y es mi primera pared vertical, poco ortodoxa me imagino, pero lo importante por una vez es sólo el llegar, no importan las ayudas. Y también mi primera cornisa, que en un alarde de ingenio salvo por un hueco interior, ya que hay paredes que tienen dos lados, dentro y fuera. Y luego un plano inclinado pero con un material suelto y frágil, desconocido pero no insalvable. Y así, sin gran esfuerzo pero con mucho dolor coronó una nueva cima, quizá la más sencilla de mi vida pero quién sabe si la más importante. De pie, ensayando la arrogancia, compruebo que soy el más madrugador y oteo las cumbres vacías que me circundan, esperando la aparición de mis compañeros. Me descabalgo la mochila e intento que la calma se me haga compañera en la anunciada espera.

Desde mi pequeña conquista alcanzo, sin embargo, una vista impresionante, nítida y limpia. Enfrente de mí el pico Yordas, pirámide colosal que el hombre quiere convertir en monumento faraónico de muerte y destrucción, a su lado y detrás las tres hermanas, las Pintas orgullosas y ariscas, más cerca los dos músicos, los Gilbos donde el viento comienza a tocar sus últimas melodías. Voy girando para contemplar la verde pradera bordeada de setos caprichosos y vitales, río de plata guarnecido por chopos ya ensalzados en poemas inmortales, colinas, valles angostos con centenarios robledales y hayedos, pastizales y puertos de montaña alegres por cencerros y campanillas. Rompe la panorámica con elegancia el esquivo Espigüete, reacio a la conquista, impresionante en el hielo. Traspaso al recuerdo lo que la vista, siempre limitada, no puede alcanzar: el valle de Guspíada, la perdiz confiada y el halcón al ataque, el ciervo bramante en

estruendoso celo, el zorro esquivo acercado por la nieve, la lucha por la vida representada en escenas de huellas y carroñas, la nieve impresionante, blanca, profunda, la ascensión fatigosa, el repecho, la cornisa, el peligro, la Majada del Burro, la planicie en altura, la ascensión solitaria, la excursión compartida, los esquís y las fotos, el collado de Hombellina, el valle y su montaña, la naturaleza, la armonía, la belleza.

De nuevo la realidad me saluda desde el tejado vecino. El qué tal has dormido de maravilla es segado por la primera caída: una nueva casa, una pequeña montaña, desaparece ante la voracidad de la máquina dominante-dominada por el hombre. Pronto vendrán a por nuestras casas, pronto querrán doblegar nuestras montañas.

El sol cae ya con fuerza, arranca multitud de reflejos negros de muerte en los yelmos de los jinetes de oruga y demolición, reverbera en los cascos y fusiles alzados que protegen a la reina de la muerte. Pero la montaña es nuestra y nos aferramos a ella con la última convicción de la razón, amedrentada de continuo por la amenaza, el insulto, la violencia y la absurda vorágine que apunta desde el ojo ciego y negro de un fusil.

Se alza sin piedad el brazo inerte de la destrucción y revienta una ladera baja de mi pequeña colina, que se estremece en un grito bronco de piedra y teja destrozada. Sobrevuelan los carroñeros desde los tejados próximos ansiando el anuncio de un nuevo cadáver, mientras me aferro con desesperación de madre a un hijo herido de muerte. Lento, angustioso goteo de minutos en una tregua tensa y sucia de polvo y escombros. Temblor agónico en el inte-

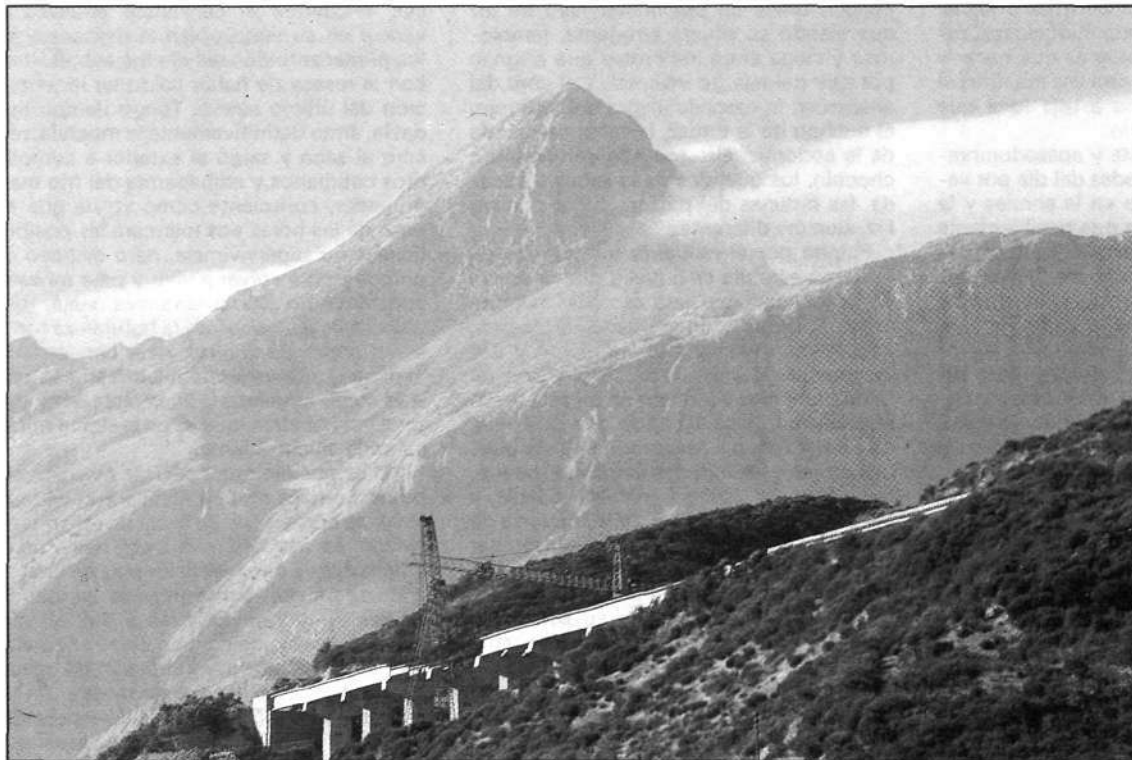
rior de mi montaña, muerte de un corazón de madera y vida a golpes de mazo y palanqueta, cumbre solitaria e inerte, esqueleto de montaña que nunca podrá recuperar su latido. ¿Por qué no abandonar ahora? ¿Por qué una espera tan larga? ¿Por qué una esperanza tan ciega ante la brutal evidencia?

Ya suben, inseguros en un medio que desconocen, pero fuertes en su ignorancia. Me siento solo, muy solo y en mi cuerpo abandonado imito esa mirada orgullosa y eterna que tú, solitario lobo de estos valles, cruzaste conmigo en una mañana de invierno. Y toda mi resistencia se ahoga cuando el recuerdo de tu cuerpo inerte hace brotar la evidencia de que tu vida se apagó esta primavera, como siempre, por la espalda.

No hay razón ya para sentir el descenso, sólo existe la evidencia de que, a pesar de todo, mis lágrimas nunca darán vida a una tierra condenada. Es el llanto cortina de niebla que los doloridos ojos agradecen para no verse obligados a mirar cómo el hombre engulle el corazón de la montaña y la convierte en un simple monumento de fría piedra, estela funeraria de un valle cuyo nombre ha dejado de tener significado para convertirse en cinco letras de vergüenza.

Siempre al final del camino hay una última mirada a la cumbre conquistada y un vehemente deseo de volver a intentar la cima esquiva y rebelde. Es en esta ocasión el adiós final imagen imborrable grabada en plata de vergüenza que recoge el reproche de una montaña que no supimos defender.

Una postrera ascensión a las montañas de Riaño, cuyo único delito es el de haber sido demasiado hermosas...



Fotos del autor.

El pico Yordas, guardián protector del valle de Riaño, segado por la guadaña de la ambición.